

La pájara vida: breve historia de la observación de aves en Colombia

LUIS GERMÁN NARANJO

DESDE hace poco, las redes sociales en Colombia empezaron a inundarse de mensajes que hubiesen sido impensables un decenio atrás. Es raro el día en que alguien no publique la fotografía de un ave, pregunte por su identidad o, lo que es mucho más sintomático, alardee amigablemente de su encuentro. Es la explosión de la pajarería¹, afición contagiosa que se expande inexorable por todos los rincones del país de la misma forma que lo hizo en otras épocas en países en los que hoy se ha convertido en el renglón económico más sobresaliente entre todas las actividades al aire libre.

Colombia tiene una larga tradición ornitológica, pero a pesar de ello la observación de aves como pasatiempo solo en años recientes se hizo popular, lo cual no deja de ser curioso en un país que se enorgullece de tener la máxima riqueza de especies de aves silvestres en su territorio. Si bien la gran mayoría de los estudiosos de las aves son verdaderos apasionados por su oficio, la línea divisoria entre sus afanes y los de quienes se consideran primariamente pajareros apenas se empieza a trazar ya bien entrado el siglo XXI.

Cabe preguntarse si muchos de los hitos que marcaron el desarrollo de la ornitología colombiana [Bravo y Naranjo, 2006; Córdoba-Córdoba, 2009; Estela *et al.*, 2010; Naranjo, 2008; Naranjo y Bravo, 2006] prepararon el camino para la masificación de la observación lúdica de las aves silvestres en el país o si, por el contrario y de manera paradójica, contribuyeron a retardarla. Los móviles de los científicos no necesariamente coinciden con los de quienes no lo son, así el objeto de su interés sea el mismo y existen referentes del desarrollo relativamente independiente de estos dos procesos en otros países [véanse, por ejemplo, Moss, 2004 y Weidensaul, 2007 para los casos de Gran Bretaña y los Estados Unidos, respectivamente].

Una indagación sobre la génesis de la apreciación estética de la avifauna en el país de las aves reviste el mayor interés en un momento en el cual el turismo de naturaleza empieza a tomar forma. Por una parte, el potencial de Colombia en este campo es enorme y el entendimiento de los factores que favorecen o limitan su expansión es oportuno. Además, responder a este tipo de interrogantes puede

Director de Conservación, WWF Colombia.

1. Este término, adaptación libre del inglés *birding*, es ampliamente usado en América Latina por sus practicantes, los autodenominados pajareros.



Observadores de aves censando en el embalse de Camaguadua, Chinchiná (Caldas), durante los Censos Navideños de Aves que se realizan en todo el continente americano cada año.

Fotografía de Wladimir Giraldo, miembro de la Sociedad Caldense de Ornitología (SCO).

Las fotografías de la SCO fueron suministradas por Ute Teske, presidente de la Sociedad Caldense de Ornitología.

fomentar el desarrollo de una ciencia ciudadana cimentada en la pasión por la vida silvestre y en el respeto por la biodiversidad.

POR AMOR A LO QUE VUELA

Como cualquier clasificación, el agrupamiento de distintas formas de aproximarse a la apreciación de las aves es arbitrario. Sin embargo, y para efectos prácticos, la distinción entre quienes observan aves teniendo como principal objetivo responder preguntas de investigación y quienes lo hacen por razones simplemente estéticas y lúdicas, permite un primer acercamiento a la definición de la pajarería. A pesar de que la ornitología como disciplina científica no excluye el disfrute de la observación, el distanciamiento requerido por el método científico entre el investigador y su objeto de estudio [Tábara, 2006] limita el establecimiento del vínculo emocional que caracteriza a los pajareros.

Por su parte, estos llegan a ser minuciosos conocedores de los animales que observan y para ello se ven obligados a tener un rigor que los acerca en gran medida a los investigadores formales. Dado que su principal propósito es el de coleccionar observaciones de la mayor cantidad posible de especies de aves, su conocimiento es subsidiario y no necesariamente conduce ni a la producción de información, ni a la corroboración de hipótesis [Naranjo, 2008b]. Independientemente de su ocupación principal, los pajareros están motivados ante todo por su pasión compartida.

Esta aproximación se hizo evidente en los resultados de una encuesta en línea realizada en 2015. De las ciento diecinueve respuestas obtenidas, veinticinco correspondieron a ornitólogos y el resto a hombres y mujeres de variadas profesiones y oficios con el común denominador de su pasión por los pájaros. Más de la mitad de los encuestados viajan varias veces al año con el único propósito de pajarrear, treinta por ciento hace en promedio una salida de observación al mes y setenta y tres por ciento declara que mira aves en sus viajes de trabajo.

De igual manera, entre los calificativos empleados en la encuesta para describir las razones que llevan a una persona a dedicarse a la pajarería, es notorio que muchas respuestas aludieron a la naturaleza casi patológica de este pasatiempo: adicción (doce), obsesión (diez), enfermedad (nueve) e infección contagiosa (dos). Y aunque pueda parecer paradójico, muchas otras encuestas recalcaron los aspectos saludables de la práctica, como la contemplación (diecinueve), la relajación (trece) y el deleite (doce). Al agrupar por categorías estas respuestas, los resultados son aún más contundentes pues mientras sesenta y siete encuestas señalaron una motivación emocional, apenas diez manifestaron un interés primario por el conocimiento.

¿DE DÓNDE SALE UN PAJARERO?

Hasta 1970 la afición por la observación de aves silvestres en Colombia era inexistente o a lo sumo, marginal. Más que observadores, los pioneros de la ornitología nacional, como Carlos Federico Lehmann, José Ignacio Borrero y el padre Antonio Olivares fueron grandes cazadores y no solo practicaron este deporte con el fin de nutrir las colecciones científicas. Borrero publicó un libro sobre las aves de caza colombianas [Borrero, 1972], Lehmann perteneció a clubes deportivos de Cali y Popayán y Olivares declaró su afición en las notas autobiográficas que acompañaron la publicación de su obra sobre las Ciconiiformes colombianas [Olivares, 1973].

Aparte de este interés, que puede parecer antagónico para los pajareros de hoy en día, dedicarse a la búsqueda y contemplación de los pájaros era una práctica inusual en Colombia. Sin embargo, los primeros ornitólogos en tener una formación académica en escuelas estadounidenses, Humberto Álvarez-López y Jorge Enrique Orejuela, desarrollaron una apreciación estética por sus objetos de estudio, que muy seguramente estuvo influenciada por el auge de la observación lúdica de aves en los Estados Unidos.

Hacia finales de la década de 1970 surgió un conjunto disperso de pajareros entre quienes estaban Paul Betancur, Luis Germán Olarte, Jorge Eduardo

Observadores de aves, biólogos, investigadores y aficionados consultan en la literatura ornitológica disponible un ave de difícil identificación. Fotografía de Wladimir Giraldo, miembro de la Sociedad Caldense de Ornitología.





Halcón mucielaguero (*Falco rufigularis*). Fotografía tomada por Juan Camilo Mantilla Castaño en Montezuma, reserva dentro del Parque Nacional Natural Tatamá, justo en el cañón de Río Claro, donde la neblina se levanta constantemente.

Botero, Gonzalo Arango, Germán Ignacio Andrade y Luis Germán Naranjo. Todos ellos tuvieron en común el hecho de descubrir su afición de manera independiente, de la misma forma que lo harían muchos otros en años subsiguientes, de acuerdo con la encuesta mencionada antes: cuarenta por ciento de las respuestas citan una experiencia singular como el detonante de un interés de por vida en las aves silvestres.

Como era de esperarse, la vinculación afectiva con el campo desde la infancia está asociada de manera significativa con dichas experiencias, pues fue mencionada en dieciocho por ciento de las respuestas a la encuesta mencionada. Esta relación ha sido entendida con claridad por algunos entusiastas en la observación de aves y gracias a ello se han desarrollado esfuerzos tan importantes como la labor impulsada por el Fondo Filantrópico Atta y la Corporación Autónoma Regional de Risaralda para promover la apreciación de aves entre los niños y los jóvenes de la región.

Pero sin duda alguna, la educación formal ha desempeñado un papel preponderante en la génesis de la pajarería colombiana. Más de cuarenta por ciento de las encuestas mencionan la influencia de cursos universitarios, lo que coincide con las interpretaciones de Córdoba-Córdoba (2009) y Naranjo (2008a) acerca de los determinantes del desarrollo reciente de la ornitología en el país.

SOCIEDADES PIONERAS

En 1981, un grupo de estudiantes universitarios y jóvenes profesionales convocados por Humberto Álvarez-López crearon en Cali la Sociedad Vallecaucana de Ornitología (SVO), el primer grupo formalmente constituido con el objetivo de “promover el estudio, la protección y la apreciación estética de aves silvestres en los diversos niveles educativos y sociales y crear conciencia de los valores científicos, estéticos, culturales y económicos que les son inherentes” [Álvarez-López, 1981]. Si bien es cierto que la vinculación de la mayor parte de sus miembros con



Caracara (*Caracara cheriway*), ave rapaz en el Distrito de conservación de suelos Campoalegre en Santa Rosa de Cabal (Risaralda), al fondo se observa el páramo Tatamá, situado a 3,500 metros sobre el nivel del mar en la cordillera Occidental.

Fotografía tomada por Juan Camilo Mantilla Castaño.

la academia marcó de muchas formas el devenir de este grupo pionero –varios de sus socios incursionaron en la investigación y algunos hicieron carrera como ornitólogos–, las labores de divulgación dirigidas a un público más amplio consiguieron impulsar la afición por la observación como nunca hasta ese entonces había sucedido en Colombia.

Gracias a las salidas de observación, las charlas periódicas y, sobre todo, los artículos publicados en el boletín *Rupicola*, la SVO captó el interés de muchas personas en otras regiones del país y esto condujo en pocos años a la creación de grupos análogos en diferentes ciudades: la Sociedad Caldense de Ornitología (1984), la Sociedad Antioqueña de Ornitología (1984), el Grupo Ornis (1985) y la Asociación Bogotana de Ornitología (1989). Todos estos grupos surgieron alrededor del trabajo académico y, por lo tanto, tuvieron como gestores a docentes e investigadores. Las contribuciones de Jesús Antonio Vélez en Manizales, Marco Antonio Serna en Medellín y Gary Stiles en Bogotá fueron decisivas en el fomento de la observación de aves como actividad recreativa.

Sociedad Caldense de Ornitología, 1982.

Fotografía suministrada por Luis Germán Naranjo.

Este núcleo inicial de agrupaciones ornitológicas sirvió de modelo para la organización de otras muchas en la última década del siglo XX, pero además fue responsable por el desarrollo de una de las iniciativas que aún convoca más adeptos. Desde 1987, sus líderes han organizado encuentros anuales itinerantes para compartir experiencias, fortalecer capacidades locales y, ante todo, para disfrutar entre pares el placer de pajarear alrededor del país.

El Encuentro Nacional de Ornitología es un evento de gran importancia para profesionales y aficionados, en el que los veteranos reencuentran sus raíces cada año y los novatos confirman la sospecha de que dedicarse a



Catalina Casas capacita niños en diferentes municipios de Caldas.
Fotografía suministrada por Ute Teske.



mirar pájaros no solo es gratificante, sino que puede convertirse en una afición de por vida. Unos y otros se igualan en el ejercicio de encontrar el mayor número posible de especies y celebran cada registro como si fuera el hallazgo de un ave no descrita.

LA REVOLUCIÓN HILTY

Hasta finales de la década de 1970, las únicas ayudas verdaderamente prácticas a la identificación en campo de las aves en el país eran algunas guías de especies de los Estados Unidos y las de Panamá [Ridgely, 1976] y Venezuela [Meyer de Schauensee y Phelps, 1978]. Cualquiera de esos libros era difícil de conseguir, pues aparte de su costo era necesario encargarlos al exterior, proceso que estaba fuera del alcance para una gran mayoría de aficionados. Esto hacía que quienes se iniciaban en la observación de aves gravitaran alrededor de un puñado de investigadores asociados a universidades y museos quienes, por la naturaleza de su trabajo, tenían más herramientas.

Sin embargo, por esos mismos años corría el rumor de la inminente aparición de una guía de campo para las aves de Colombia, cuya preparación habían iniciado un geólogo de petróleos y un joven ornitólogo que había hecho su investigación doctoral en la cuenca del río Anchicayá mientras prestaba sus servicios como voluntario de los cuerpos de paz en Colombia. Ambos estuvieron en contacto con los curadores de las colecciones ornitológicas del país, especialmente con Carlos Federico Lehmann Valencia, creador del Museo de Historia Natural de Cali que hoy lleva su nombre, y quien colaboró con los autores en los inicios de la obra.

El geólogo en cuestión, William L. Brown, donó sus regalías para cubrir una futura traducción del libro al español, mientras que el ornitólogo, Steven L. Hilty, asumió la producción del grueso de la obra mientras dirigía viajes de observación en el país para la compañía Victor Emmanuel Tours. Gracias a su experiencia en esta labor y a su rigurosa formación como investigador, Hilty consiguió darle forma a una obra que no tenía precedentes. Esta guía de campo [Hilty y Brown, 1986], hoy conocida entre los iniciados como “la Hilty”, no solo ilustraba por primera vez la mayoría de las aves silvestres presentes en Colombia, sino que proveía una gran cantidad de información sobre distribución, historia natural y ayudas de identificación y además recopilaba una extensa bibliografía que hasta ese momento estuvo dispersa y que era difícil de acceder para los interesados.

El libro vio la luz en 1986 y su llegada al país marcó un hito en el desarrollo de la pajarería nacional. Aunque al inicio hubo apenas unas copias en Colombia, ahora era posible enfrentar el reto de identificar la mayoría de las especies observadas a través de unos binoculares y tener al mismo tiempo acceso a la mayor fuente de información sobre la avifauna colombiana que jamás había tenido en sus manos un ornitólogo.

Resulta curioso que una obra que estaba dirigida primariamente a los pajareros estadounidenses que querían visitar la meca de la observación de aves hubiera terminado por cumplir un propósito bien distinto. Pero lo cierto es que dadas las condiciones de inseguridad reinantes en Colombia durante los veinte años posteriores a la publicación de “la Hilty”, el país estuvo prácticamente cerrado a la visita de los aficionados extranjeros y, mientras tanto, una generación entera de ornitólogos colombianos dio sus primeros pasos gracias a este libro, alimentando al mismo tiempo el entusiasmo de los grupos ornitológicos que empezaban a aparecer en distintas ciudades.

A pesar de su éxito entre los investigadores nacionales, la adopción masiva de la guía en el país solo se produjo catorce años después. Como el libro estaba escrito en inglés, muchos usuarios potenciales esperaron con impaciencia la traducción anunciada desde que William L. Brown hiciera su legado a través del capítulo norteamericano del Consejo Internacional para la Preservación de las Aves (ICBP por su nombre en inglés, hoy conocido como Birdlife International). Desde la aparición de la versión original, esta organización comisionó al profesor Humberto Álvarez-López esta tarea y remitió a la Universidad del Valle un tiraje extra de las láminas a color del libro.

En 2001, la versión en español fue publicada por The American Bird Conservancy, la Sociedad Antioqueña de Ornitología y la Universidad del Valle [Hilty y Brown, 2001] y en poco más de un año los tres mil ejemplares que salieron al mercado se habían agotado. Este fenómeno editorial en sí mismo es un hito histórico que da cuenta del inicio



ARRIBA: Morrogacho, ubicado en el pie de monte del valle de Cocora (Quindío).
Fotografía suministrada por Luis Germán Naranjo.

ABAJO: Salamina (Caldas), lugar para el avistamiento de aves.
Fotografía suministrada por Luis Germán Naranjo.



Gran día mundial de la observación de aves, 9 de mayo de 2015.
Fotografía suministrada por Luis Germán Naranjo.



Palma con nidos de oropéndolas (*Psarocolius wagleri*) en Tatamá, muy temprano cuando el sol aún no toca todo lo que hay.

Fotografía tomada por Juan Camilo Mantilla Castaño.

del interés explosivo por la pajarería en el país que si bien ya venía gestándose durante veinte años, alcanzó un punto de inflexión con el cambio del milenio.

PUNTO DE ENCUENTRO

Con el lanzamiento de la Estrategia Nacional para la Conservación de las Aves en Colombia [Renjifo *et al.*, 2000], se dio reconocimiento formal a la observación de aves más allá del ámbito de la ornitología como ciencia. Las distintas agrupaciones regionales, convocadas por Luis Miguel Renjifo desde el Instituto de Investigación en Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, sentaron las bases de una colaboración transparente para la consolidación de la ornitología en el país.

Como parte de las discusiones que condujeron a la formulación y publicación de la estrategia, el papel de los aficionados en la generación de información sobre las aves silvestres se hizo evidente. Al fin y al cabo, el grueso de la membresía de las distintas organizaciones y de los participantes en los encuentros anuales estaba constituido por pajareros más que por ornitólogos y todos ellos, de la mano de la academia, habían hecho de la comunidad ornitológica colombiana una de las más sólidas en América Latina.

No obstante, las diferencias de las prácticas de ornitólogos y pajareros ameritaban un desarrollo adicional. Por esta razón, Juan David Amaya, también desde el Instituto Humboldt, lideró el proceso de agrupar las asociaciones regionales en una red en la que, a través de la participación y la comunicación, los aficionados pudieran desarrollar sus capacidades y contribuir a los propósitos establecidos por la Estrategia. Esta coalición –la Red Nacional de Observadores de Aves (RNOA)– entró en funciones en 2001 y desde entonces asumió el liderazgo de los censos de Navidad y los de aves acuáticas, la organización de los

Encuentros Nacionales de Ornitología y el mantenimiento de una lista electrónica de correo para facilitar el intercambio de información entre sus integrantes.

La participación de varios centenares de observadores, en su mayoría aficionados, en los censos de aves organizados por la RNOA cumple una función doble en la génesis de la ornitología y la pajarería colombianas. Por una parte, estos eventos son una herramienta de ciencia ciudadana liderada por investigadores experimentados, que produce datos de enorme utilidad para el monitoreo de poblaciones de distintas especies y de sus hábitats. Pero por otro lado, atrae nuevos adeptos que poco a poco se suman a las filas de quienes hemos convertido la observación de aves en el hilo conductor de nuestras vidas.

LOS NUEVOS PAJAREROS

El que Colombia sea reconocida como la meca de la pajarería mundial no se basa solo en las estadísticas de riqueza de especies y número de endemismos. Cualquier rincón de la geografía nacional está lleno de sorpresas y a medida que el país busca caminos para superar los muchos años de conflicto armado e inestabilidad social, un número creciente de pajareros extranjeros es atraído por este patrimonio.

Conscientes del potencial económico que representa este atractivo, algunos estamentos del gobierno, empresarios y grupos locales se han dado a la tarea de fortalecer las capacidades locales para explotarlo. Desde 2011, Manizales realiza un Encuentro Internacional de Turismo de Observación de Aves y en solo los dos últimos años, Cali, Medellín e Ibagué han organizado cinco festivales que atraen visitantes de distintas regiones del país, lo mismo que operadores de aviturismo nacionales e internacionales.

A partir de estos eventos, una nueva generación de pajareros invade los campos colombianos, muchos de ellos en compañía de caras conocidas que han vivido las etapas anteriores de la multiforme afición por la avifauna colombiana. Aún en los rincones más remotos de Colombia, guías indígenas, afrodescendientes, campesinos y estudiantes están en capacidad de orientar al número creciente de visitantes. Con el apoyo de algunas organizaciones regionales, estos jóvenes reciben entrenamiento en métodos de observación e identificación en campo y muchos de ellos aprovechan ahora la oportunidad de mejorar sus ingresos usando su conocimiento de las aves con las que crecieron.

Cada vez más reservas naturales ofrecen recorridos en los que es posible observar las especies más codiciadas por los pajareros de todo el mundo. Algunos predios, como los de la Fundación Proaves, fueron adquiridos con este propósito y concentran un número inusual de endemismos y rarezas, pero muchos otros, cuya protección se inició por diversas razones, apenas empiezan a descubrir su potencial como destino para los observadores de aves y poco a poco se enlazan con las primeras rutas regionales de aviturismo debido a esfuerzos colegiados como el de Patrimonio Natural y la Sociedad Audubon.

Observadora de aves contando las aves acuáticas en el embalse de Cameduadua, Chinchiná (Caldas) durante los Censos Neotropicales de Aves Acuáticas que se realizan todos los años en febrero y julio. Fotografía de Wladimir Giraldo, miembro de la Sociedad Caldense de Ornitología.



Pero además de estos desarrollos, en Colombia comienza a presentarse un fenómeno similar al ocurrido en Norteamérica y Europa en la época en la que la pajarería alcanzó masa crítica. Cada día se hace más frecuente encontrar grupos de observadores en cualquier sitio, cuya composición es cada vez más heterogénea. Ingenieros, médicos, amas de casa, odontólogos, comunicadores, contadores, arquitectos y abogados, entre muchas otras profesiones y oficios, confluyen alrededor de los lugares en donde aparecen los mejores registros.

Además de sus atuendos de campaña, es posible reconocerlos por su parafernalia de alta tecnología. En su mayoría, portan cámaras digitales con las que intentan capturar el efímero instante de sus encuentros con las aves y teléfonos celulares que almacenan grabaciones de cantos como ayudas de identificación o que sirven de puente para anotar sus registros en plataformas virtuales como eBird, la base de datos administrada por la Universidad de Cornell. Conectados por sus hallazgos, estos pajareros establecen relaciones que luego consolidan en las redes sociales al compartir las imágenes, los cantos y los comportamientos de las aves. Desde estos espacios virtuales consiguen atraer nuevos adeptos que eventualmente terminarán cualquier fin de semana en la trocha, binoculares en mano. ■

Iguazas (*Dendrocygna autumnalis*), más frecuentes en las tierras bajas del Eje Cafetero. Vuelan en forma de V, al mover sus alas, cada ave genera un movimiento en el aire que ayuda a la que va detrás y de esta manera la bandada aumenta su poder de vuelo.

Fotografía tomada por Juan Camilo Mantilla Castaño.



BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez-López, H., “Editorial: La S.V.O.”, en *Rupicola*, vol. 1, núm. 1, 1981, págs. 1-2.
- Borrero, J. I., *Aves de caza colombianas*, Cali, Universidad del Valle, 1972.
- Bravo, G. A. y Naranjo, L. G., “Estado del conocimiento sobre las aves terrestres en Colombia”, en Chaves, M. E. y Santamaría M. (eds.), *Informe Nacional sobre el Avance en el Conocimiento y la Información de la Biodiversidad 1998-2004*, t. II, Bogotá, Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, 2006, págs. 130-151.
- Córdoba-Córdoba, S., “Historia de la ornitología colombiana: sus colecciones científicas, investigadores y asociaciones”, en *Boletín SAO*, vol. 19, núm. 1-2, 2009, págs. 1-26.
- Estela, F. A. et al., “Estado del conocimiento sobre aves marinas en Colombia, después de 110 años de investigación”, en *Boletín SAO*, vol. 20, 2010, págs. 2-21.
- Hilty, S. L. y Brown, W. L., *A Guide to the Birds of Colombia*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1986.
- *Guía de las aves de Colombia*, Cali, American Bird Conservancy, SAO, Universidad del Valle, 2001.
- Meyer de Schauensee, R. y Phelps, W. H., *A Guide to the Birds of Venezuela*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1978.
- Moss, S., *A Bird in the Bush, a Social History of Birdwatching*, Londres, Aurum Press, 2004.
- Naranjo, L. G., “El arcano de la ornitología colombiana”, en *Ornitología Colombiana*, núm. 7, 2008, págs. 5-16.
- “Pajareros, ornitólogos o ‘pajarantes’: reflexiones para una ornitología del siglo XXI”, en *Boletín SAO*, vol. 18, 2008, págs. 3-7.
- Naranjo, L. G. y Bravo, G. A., “Estado del conocimiento sobre aves acuáticas en Colombia”, en Chaves, M. E. y Santamaría, M. (eds.), *Informe Nacional sobre el Avance en el Conocimiento y la Información de la Biodiversidad 1998-2004*, t. II, Bogotá, Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, 2006, págs. 214-224.
- Olivares, A., *Las Ciconiiformes colombianas*, Bogotá, Proyser, Universidad Nacional de Colombia, 1973.
- Renjifo, L. M. et al., *Estrategia Nacional para la Conservación de las Aves de Colombia*, Bogotá, Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, 2000.
- Ridgely, R. S., *A Guide to the Birds of Panama*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1976.
- Tábara, J. D., “Las aves como naturaleza y la conservación de las aves como cultura”, en *Papers*, núm. 82, 2006, págs. 57-77.
- Weidensaul, S., *Of a Feather. A Brief History of American Birding*, Nueva York, Harcourt, Inc., 2007.



Cubierta diseñada por François-Nicolas Martinet del libro de Mathurin Jacques Brisson, *Ornithologie ou Méthode Contenant la division des oiseaux en ordres, sections, genres, especes & leurs variétés*, vol. 1, París, 1760.